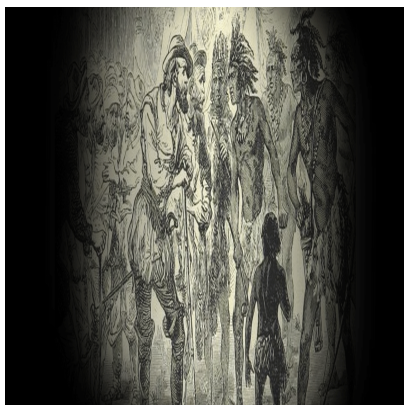




El inconcluso periplo de los restos de Alonso de Ojeda

Descripción

Ocurrió el 19 de enero de 2013. El gobernador del estado Zulia, Francisco Arias Cárdenas, fue el orador de orden de la celebración del 76 aniversario de Ciudad Ojeda. Como tantos otros de sus compañeros chavistas, tan dados a querer renombrar ciudades, lugares y monumentos, el mandatario regional propuso cambiar el nombre de Ciudad Ojeda, que es un homenaje al español Alonso de Ojeda, por el del luchador de izquierdas Fabricio Ojeda. Ojeda, periodista y guerrillero, tiene un lugar sagrado en el panteón del chavismo. El gobierno ha tratado desde 1999 que se le reconozca su contribución en la caída de Marcos Pérez Jiménez el 23 de enero de 1958, una efeméride que ha quedado asociada a los líderes de Acción Democrática y Copei, que se turnaron en el poder hasta 1998.

Arias Cárdenas no ha vuelto a asomar de nuevo esa idea, pero la sola posibilidad de que ese cambio se concretara unió a algunos jóvenes historiadores zulianos, quienes, en su afán de demostrar que el primer español que recorrió el estado Zulia no fue el viajero sanguinario que pintaba el gobernador en su arenga, se toparon con una sorpresa: sus restos yacen mezclados con los de su esposa en un cofre de cristal guardados a su vez en una gaveta de un escritorio desde hace 33 años, en una oficina de Ciudad Ojeda. La sorpresa es aún mayor si se piensa que a Alonso de Ojeda se le atribuye el nombre de Venezuela y por ende el gentilicio originario de este país.

El periodista Manuel Arends, el escultor Jhonny Rincón, el cronista Marcelo Morán y el escritor Edinson Martínez, se dieron a la tarea de reivindicar la memoria de Alonso de Ojeda ante otra evidencia que consideraron un nexo indisoluble con estas tierras: Isabel, su esposa, era una indígena wayuu, nativa de lo que hoy se conoce como los palafitos de Santa Rosa de Agua de Maracaibo, y fue la primera americana en casarse bajo las leyes españolas con un europeo.

Morán recuerda que después de ese 19 de enero de 2013 iniciaron la pesquisa en edificios públicos y privados. Se revisaron documentos, fotos, se hicieron llamadas y pasaron horas navegando en la web en busca de una pista. En Internet encontraron un artículo del historiador y general zuliano Eumenes Fuguett Borregales, quien aseguraba en su escrito que los restos del conquistador español del siglo XVI y los de su esposa se encontraban en Ciudad Ojeda.

Para corroborar ese dato parte del equipo visitó al padre Ángel Andrés, párroco agustino de la iglesia Santa Mónica de la Costa Oriental del Lago. A través de él averiguaron el paradero del padre Fernando Campo del Pozo, de 84 años, quien reside en Zaragoza, España. Como párroco de Ciudad Ojeda, Campo del Pozo se encargó de repatriar los restos después de negociaciones arduas y extenuantes. El periodista Manuel Arends conversó con el sacerdote sobre el tema por teléfono y éste le contó toda la historia. Campos del Pozo había logrado extraer los restos de Ojeda y su esposa de las ruinas del monasterio San Francisco, ubicado en el centro histórico de Santo Domingo, República Dominicana, que había sido saqueado durante la guerra civil que siguió al asesinato del dictador Rafael Leónidas Chapita Trujillo. Llegaron a Venezuela en 1982 con el aval del Episcopado y la Cancillería durante el gobierno de Luis Herrera Campins.

Fue una victoria íntima y que no se rodeó de epopeya alguna. El gobierno dominicano había negado antes una solicitud de repatriación de los restos en 1942 y 1949 y con ello frustró la idea de refrendar la fundación de la ciudad, a cargo del presidente Eleazar López Contreras el 13 de diciembre de 1939 luego del incendio de Lagunillas de Agua, con los restos del español que le dio el nombre. Mucho tuvo que bregar Campo del Pozo para lograr la repatriación. Al constatar que la iglesia San Francisco estaba en ruinas decidió, aprovechando sus conocimientos de arqueología, recoger parte de los restos de ambas tumbas, específicamente 900 gramos, hacer las notarías correspondientes ante instituciones oficiales y eclesásticas de República Dominicana y traerlas a Venezuela.

Escribió el también abogado en un boletín de la Academia Nacional de la Historia, tomo LXV, enero-marzo 1982, número 257 Caracas: «Tomé tierra del osario de la cripta con posibles restos del capitán Alonso de Ojeda y de su esposa Isabel. Se tomó también algo de tierra del pático y algunos trozos de lápida que cubrió la tumba. Este material se introdujo en un sobre grande que cerré y precinté colocando mi firma como sacerdote y abogado venezolano».



Fundada en 1937, el nombre de Ciudad Ojeda acentuó la polarización venezolana cuando el gobernador del Zulia, Francisco Arias Cárdenas, propuso que en lugar del nombre del conquistador español, la ciudad rindiera homenaje al luchador de izquierdas, Fabricio Ojeda. Foto: Alcaldía de Lagunillas.

Los restos llegaron a Ciudad Ojeda el 22 de junio de 1982 y fueron entregados al presidente del Concejo municipal Dr. Alirio Figueroa Zabala, quien, a petición del padre, vertió el contenido en un cofre, que luego fue sellado y precintado con el tricolor patrio y bendecido con las aguas del Lago de Maracaibo bajo los oficios del Monseñor Ramírez Roa, obispo de Cabimas. Con el fin del acto también se esfumó el interés por su suerte. Nadie había tomado en cuenta el detalle de dónde resguardar los restos de Alonso de Ojeda y su esposa. Así, terminaron en la oficina del cronista de la ciudad, Omar Bracho, hasta diciembre de 2014, cuando el grupo de jóvenes historiadores dio con su paradero. ¿Desde hace varios años Bracho no desempeña su función por problemas de salud?, dice Morán.

Cuenta Edinson Martínez que su generación creció sin explicación certera de lo que pasó con el cofre de Ojeda, del cual se pensaba que había desaparecido, al igual que la memoria fotográfica del evento de su llegada cuando fueron repatriados.

Una vida azarosa

De todos los aventureros que llegaron a estas tierras Alonso de Ojeda es quizás el arquetipo que reunió las cualidades y defectos de los antiguos caballeros españoles de la Edad Media que lograron trascender en la historia de la llegada de los españoles a lo que hoy se conoce como América.

Ojeda era pequeño, de cuerpo atlético, bien parecido, con ojos grandes e inquisitivos y gustaba de presumir de sus dotes de acrobata frente a la reina Isabel. Gracias a su condición física escapó en varias oportunidades de diversos linchamientos; era valiente hasta la temeridad, vengativo hasta la crueldad, tierno de corazón con los débiles y cortos con las damas; pendenciero y revanchista, atrevido, maestro en armas, malgeniado y extremo creyente de sus deberes religiosos. Supo ganarse la buena voluntad del influyente y hábil político Juan Rodríguez de Fonseca, quien se convirtió en su mentor y logró conseguirle empleo en el segundo viaje de Cristóbal Colón a América, con el velado propósito de vigilar la conducta del navegante genovés.

Apenas pisó tierra en la expedición de 1494 en la isla La Española, que hoy comparten República Dominicana y Haití, Alonso de Ojeda cobró fama pendenciera y desgraciada por su forma de combatir a los nativos. Hijo de una familia hidalga pero de pocos recursos en su Cuenca natal, llegó a ser paje en casa de nobles. Ojeda quería saciar su sed de ambición con poder y dinero y obtener mucha riqueza de la noche a la mañana. Su audacia lo puso a la cabeza de todas las expediciones para adentrarse en territorios inexplorados y combatir toda clase de tribus indígenas con 50 hombres bajo sus órdenes.

Su primera expedición importante zarpó desde el puerto de Santa María siguiendo la ruta del tercer viaje de Colón, acompañado del navegante italiano Américo Vesputio y el cartógrafo Juan de la Cosa. Llegó a Trinidad, pasó por la isla de Margarita, Cumaná, se aprovisionó de aguas y frutos en Puerto Cabello y Tucacas, siguió a Curazao, Aruba, Bonaire, la península de Paraguaná y llegó a la garganta del Lago de Maracaibo entre el 9 y el 24 de agosto de 1499. Por ahí navegó buscando oro sin saber que debajo de sus aguas se encontraba toda la riqueza inimaginable que movería el mundo varios siglos después.



El escritor Edinson Martínez muestra el cofre de cristal en el que yacen los restos de Ojeda mezclados con los de su esposa. Foto: DÃmaso Jiménez.

El historiador Eumenes Fuguet Borregales relata que Ojeda dio el primer uso industrial del petróleo al calafatear sus naves con betumen, tal como lo realizaban los indios en la época, para curar las embarcaciones y emprender veloz huida cuando las circunstancias lo requerían.

Triángulo amoroso

Cuenta el periodista wayu y conductor del programa "Wayuunaiki" en el circuito radial Fe y Alegría, Manuel Román Fernández, que Ojeda enfrentó al líder de la etnia, Kookiway Epinayu, quien era llamado a gritos por su pueblo como "Kookiwaykooo", lo que le dio origen al nombre al Lago de Coquivacoa. El cacique frustró las intenciones españolas de establecerse en tierras de La Guajira, pero después de esa victoria nada volvería a ser como en el pasado.

El cronista wayu Marcelo Morán asegura que Ojeda enamoró a la esposa de Kookiway, llamada en su lengua materna "Palaaira" (Lágrima de mar). Según las descripciones disponibles era una mujer alta, muy hermosa, hábil, sabia, decidida, inteligente, perteneciente al clan de los Jinu de

Castillete. Ellos le avisaron que Alonso de Ojeda sería linchado. Ella lo ayudó a escapar burlando toda la defensa de su esposo y, de paso, huyendo con él.

Palaaire no fue secuestrada. Ella quiso irse de manera espontánea con Ojeda. Aprendió rápidamente el castellano, lo ayudó a entenderse con otras tribus y acompañó a todas sus expediciones. Fue la primera americana que pisó y vivió en Europa. Pobres y viviendo prácticamente de la caridad por el acoso de sus enemigos, lo amó hasta su muerte, dice Morín, quien sueña con hacerle un segundo entierro a los restos de los amantes en Castilletes, para que puedan encontrarse con la eternidad en la cosmogonía de la Vía Láctea, tal como reza la tradición wayú.

Dicen que Ojeda la utilizó por su inteligencia y coraje para abrirse camino entre los demás pueblos indígenas. Alonso de Ojeda la llevó al palacio como muestra exitosa de su expedición, pero también pidió el permiso de la reina Isabel, quien la bautizó con su nombre, para casarse con ella. En una nueva expedición, ya como gobernador designado, la llevó de regreso a Castilletes. Después volvieron a España y se establecieron en Santo Domingo, centro estratégico de la conquista de los pueblos americanos, y al final tuvieron tres hijos producto del primer mestizaje legal entre una americana indígena y un conquistador europeo. En su vida compartida nunca se distanciaron, pero terminaron pobres y desmoralizados.

Alonso de Ojeda falleció en 1515 en el monasterio de San Francisco de la capital de la República Dominicana, donde estaba alojado. Ojeda pidió ser enterrado a las puertas del templo como una penitencia por los pecados cometidos, en especial por el asesinato de los indígenas. La india Isabel de noche lloraba sobre su tumba y oraba en wayú. Cuenta el cronista Marcelo Morín que al poco tiempo, deprimida, enfermó y falleció, siendo enterrada al lado de su esposo por los sacerdotes franciscanos.

Esta semana los restos del primer gobernador español en territorio venezolano, nombrado así por los reyes católicos, con extensión desde el mar Caribe hasta el extremo sur del continente, sin limitación geográfica alguna, pasaron a ser custodiados por la alcaldía de Lagunillas, mientras se resuelve el lugar definitivo de reposo. Algunos piensan que el limbo de 33 años podrá finalizar en un mausoleo erigido en su nombre.



El primer gobernador español en territorio venezolano fue enterrado originalmente en Dominicana, en el monasterio de San Francisco. Foto: Flickr/Li Tsin Soon.

Fecha de creación
2015/04/04